

## LOS ANTEOJOS DE MEJOR VISTA Y EL CERVANTES AMERICANO: NUEVAS OBJECIONES A LA METODOLOGÍA CRÍTICA POSMODERNA

Recibido: Octubre 2014  
Aceptado: Diciembre 2014  
<https://doi.org/10.14603/2B2015>

Héctor Brioso Santos  
Universidad de Alcalá de Henares (España)



RESUMEN: En las últimas décadas ha surgido una innovadora escuela crítica dentro del cervantismo promovida por dos estudiosas norteamericanas, las profesoras Diana de Armas Wilson y Mary M. Gaylord, y que defienden una interpretación americanista de la vida y obra de Cervantes, al que se pretende convertir en un escritor indiano y americanista. En estas páginas se exploran las exposiciones más antiguas de tal teoría, difundidas por Gaylord en 1986 y 1995, y se refuta minuciosamente esa lectura extemporánea de la producción cervantina.

PALABRAS CLAVE: Cervantes, cervantismo, americanista, indiano, *Don Quijote*.

### LOS ANTEOJOS DE MEJOR VISTA AND THE AMERICAN CERVANTES: NEW OBJECTIONS TO THE POSTMODERN CRITICAL METHODOLOGY

ABSTRACT: In the last decades, two north-american scholars, profesors Diana de Armas Wilson and Mary M. Gaylord, have promoted a new critical interpretation of Cervantes' life and works. According to them, Cervantes was an *indiano* as well as an americanist writer. In these pages, the oldest papers promoting such unlikely hypothesis, delivered in 1986 and 1995 by Gaylord, are reviewed and refuted in detail.

KEYWORDS: Cervantes, cervantism, americanist, *indiano*, *Don Quixote*.

En 1628 el satírico sevillano Rodrigo Fernández de Ribera publicó la que, según la crítica, es su mejor obra, que iba titulada justamente con la frase que encabeza estas páginas: *Los anteojos de mejor vista*. En esa novelita el bautizado como Maestro Desengaño veía desde la Giralda de Sevilla un panorama tan inusual como aleccionador gracias a una suerte de catalejos mágico. La multitud de negociantes, escribanos, alguaciles, frailes, mujeres y *bravos* que habitualmente rodeaba esa torre se trasmutaba, atisbada desde lo alto con semejante lente, en una bandada de pájaros de mal agüero y

en una manada de bestias repugnantes. Pero la mayor virtud del adminículo era justamente la de permitir a sus usuarios superar las meras apariencias y ver la realidad profunda de la ciudad del Betis. Pues bien: gracias a sus técnicas críticas y pertrechadas, por así decirlo, con un instrumento análogo, algunas cervantistas contemporáneas también creen adivinar la existencia de otro Cervantes, un Cervantes *indiano* e *indianista*, no sólo partidario de ir él mismo a Ultramar, sino tan hondamente influido por lecturas americanas como amigo de insertar continuas alusiones encubiertas a las Indias Occidentales en su obra.

En las últimas dos décadas hemos asistido, en efecto, al nacimiento de una novedosa escuela crítica cervantino-americanista promovida por dos estudiosas norteamericanas, Diana de Armas Wilson y Mary M. Gaylord. Esas cervantistas se apoyan, a su vez, en los escritos de Walter D. Mignolo, Manuel Durán, James D. Fernández, George Mariscal, David Quint, Barbara Fuchs, Margaret A. Doody, Barbara A. Simerka, Timothy J. Reiss y otros para defender la existencia de un Cervantes *americanista* que albergó un interés especial por América y lo hizo presente en sus obras, ya explícitamente, ya en forma cifrada. La base de sus especulaciones suele ser, por un lado, las dos tentativas del escritor de Alcalá de emigrar a las Indias Occidentales en 1582 y 1590 y, por otro, las alusiones cervantinas al Nuevo Mundo dispersas por su producción y, en general, escasas y de poca entidad. A pesar de ello, nuestras autoras fantasean con un Cervantes entendido en cuestiones indianas, experto conocedor de las crónicas y relaciones e informado acerca de los menores detalles de la vida en América, la geografía o la etnología de Ultramar. Aunque la idea no es nueva, su formulación actual sí que lo es en gran medida, puesto que nuestras autoras han sustituido el retoricismo ingenuo, panhispánico y bienintencionado del cervantismo de los años treinta, cuarenta y cincuenta del siglo XX<sup>1</sup> por lo que parece –y sólo parece– un método más racional y moderno.

Para confirmar su intuición cervantino-americana esas estudiosas tienden al mismo tiempo a particularizar en demasía sus análisis y a generalizar sus conclusiones. Quiero decir que mientras sus ideas de conjunto acerca de un presunto Cervantes indiano o americanista se fundan a menudo en generalizaciones sin base, suelen igualmente apelar a un sesgado e interesado microanálisis de frases cervantinas y

---

<sup>1</sup> El panhispanismo ya estaba presente en bastantes críticos e historiadores, sobre todo latinoamericanos, desde Ricardo Rojas y Emilio Carilla hasta Jorge Albistur y Belisario Betancur, entre otros; pero también en Américo Castro y en numerosos exiliados españoles de la Guerra Civil de 1936-1939.

detalles que quizás otros estudiosos hemos dejado de lado o menospreciado por entender que se trataba de alusiones ligeras y sin importancia, análogas a otras tantas que puede hacer un escritor a mil asuntos triviales. Por el contrario, la técnica de fina marquetería de Wilson o Gaylord les ha permitido colocar esas piezas en el *puzzle* americano de conjunto que ellas perciben en las obras cervantinas. Mis dudas comienzan por la existencia del vasto plan o diseño que ellas imaginan –vale decir del *puzzle* mismo– y por la posibilidad, poco cierta para mí, de vislumbrar a un Cervantes americanista y hasta americano. Si el segundo es una mera criatura poética, invocada rutinariamente en las conferencias plenarias y en los discursos diplomáticos, lo primero resulta ser un ente crítico –ya que no real– de mayor calado y de más hondas implicaciones para los estudios de cervantismo, de hispanismo y de análisis de la escritura colonial.

Por mor de la brevedad, en estas páginas me fijaré en particular en dos trabajos de la profesora Gaylord para señalar algunas particularidades de su metodología, así como mis discrepancias. Ya en 1986, durante el IX congreso de la AIH, esa investigadora presentó una comunicación con un título ciertamente prometedor: «El lenguaje de la conquista y la conquista del lenguaje en las poéticas del Siglo de Oro». En ese texto, mediante ingeniosos razonamientos, venía a anticipar el futuro desarrollo de su ideario. Según ella, en varias poéticas del XVI se reconoce un substrato léxico de corte bélico. Tal noción no carecía de base, habida cuenta del hecho de que un poeta y un teórico como Fernando de Herrera hizo en efecto de la defensa de la poesía y la filología españolas una beligerante cuestión nacional o nacionalista. Sin embargo, ya se advertía en ese estudio de Gaylord una cierta pretensión de implicar a Cervantes en semejante campaña, con la alusión un tanto extemporánea a que *La Galatea* era poco posterior a una obra de Sánchez de Lima<sup>2</sup>, la sugerencia de que uno de sus personajes era «abuelo espiritual de don Quijote»<sup>3</sup> o la pequeña agudeza de apellidar a otro caballero retratado en un grabado como un «Caballero de la Triste Figura»<sup>4</sup>. Nada de esto reviste importancia si no lo observamos en el contexto de la tesis posterior y muy vehemente del americanismo cervantino, que ha obsesionado a Gaylord y a su compañera Wilson durante cerca de dos décadas.

---

<sup>2</sup> Gaylord, 1989: 470.

<sup>3</sup> Gaylord, 1989: 471.

<sup>4</sup> Gaylord, 1989: 472.

En efecto, en 1995 Gaylord leyó una ponencia en un congreso de la AIH titulada «El Siglo de Oro y las Españas: propuesta de una nueva lectura americana del *Quijote*», que saldría después publicada en las correspondientes actas en 1998. En ella defendía ya su lectura indiana del *Quijote* sobre la precaria base de varios argumentos de este tenor<sup>5</sup>:

1. En la dedicatoria cervantina al conde de Lemos hay una alusión jocosa al éxito del *Ingenioso hidalgo* en la China, desde donde su emperador le dirigía al autor del *Quijote* una carta en chino «pidiéndome o por mejor decir suplicándome se le enviase [la novela], porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana y quería que el libro que se leyese fuese el de la historia de don Quijote. Juntamente con eso me decía que fuese yo a ser el rector del tal colegio»<sup>6</sup>.
2. La broma anterior sería, según, Gaylord, «¿seguramente apócrifa?»<sup>7</sup>, aunque no sabemos por qué, y Cervantes implicaría indirectamente con ese chiste «una visión “ultramarina” de su obra, una lectura desde fuera, enmarcada no solamente por la realidad peninsular ni siquiera europea de su día [...], sino por una geografía imperial *mundial*, y un contexto radicalmente otro»<sup>8</sup>.
3. Enseguida se nos presenta al de Alcalá como un frustrado *viajero* simbólico a las Indias que desea ver «su gran obra “compañera del Imperio” con la lengua española» y en un ámbito «global»<sup>9</sup>.
4. Hay, por lo tanto, que ver el *Quijote* en un nuevo margo geográfico.
5. Al compaginar el pasaje citado con varias alusiones cervantinas pasajeras y dispersas a las Indias Occidentales [sobre todo la de la «Nueva Vizcaya» de I, 18; la del éxito de Lope de Vega en América de I, 48; la de la falsa Dulcinea cabalgando como un jinete «cordobés o mexicano» (II, 10) y la de Clavileño en Potosí en II, 40]<sup>10</sup>, para el lector posmoderno parece natural concluir, con

---

<sup>5</sup> Dado que en otras entregas acerca de esta misma cuestión cervantino-americana ya me he referido a las publicaciones posteriores de Gaylord y Wilson, he considerado útil rescatar también los argumentos iniciales de aquella, la más entusiasta promotora de esa hipótesis, que, según creo, permitirán entender mejor sus razonamientos más recientes y completar el cuadro de mis críticas metacervantistas.

<sup>6</sup> Cervantes, 1998: 622.

<sup>7</sup> Gaylord, 1998b: 237.

<sup>8</sup> Gaylord, 1998b: 237.

<sup>9</sup> Gaylord, 1998b: 237.

<sup>10</sup> Reparemos en que los pasajes en cuestión están en las dos partes de la obra, como se sabe muy distintas entre sí.

Gaylord, que Cervantes pretende sugerir, cuando se refiere al emperador de la China, nada menos que «la posibilidad de otra lectura de su obra, de una lectura radicalmente descentrada y transplantada [...], de una lectura desde el lugar del Otro, en el mundo nuevamente ampliado, fabulosamente histórico, que compartiera Cervantes con sus lectores y contemporáneos»<sup>11</sup>.

Sin embargo señalaré que el pasaje *chinesco* de la dedicatoria a Lemos no es más que otra broma cervantina que se alinea justamente con las burlas prologales a las que nos tiene acostumbrados, uno de sus desdobles y quiebros sin trascendencia doctrinal o expositiva, y desde luego un chiste o una ironía muy suya y nada apócrifa. Cervantes es, después de todo, menos político de lo que suponen o desean muchos críticos posmodernos y revisionistas de nuestros días.

En cualquier caso, hasta aquí no podemos negar que el acercamiento de Gaylord es tan ingenioso como ponderado, sobre todo porque, antes de exponer el punto (5), ha reconocido palmariamente que:

- a) Cervantes se limita a presentar en su magna novela «personajes, espacios, eventos e itinerarios domésticos», españoles y castellanos y ni siquiera se asoma al Atlántico<sup>12</sup>.
- b) Los acontecimientos pasados y la sociedad que se mencionan en ella son peninsulares.
- c) Es lógico leer el *Quijote* «como un libro del “Viejo Mundo”, como obra cumbre del Siglo de Oro español y como clásico universal de los albores de la modernidad europea»<sup>13</sup>.
- d) Con la excepción de *La Araucana* «los horizontes textuales invocados explícitamente en la obra abarcan un mundo literario que también es claramente europeo»<sup>14</sup>.
- e) La obra contempla y explora cuestiones relativas a la ficción y no tanto a la historia. Su autor no se nos presenta como historiador más que en función de

---

<sup>11</sup> Gaylord, 1998b: 239.

<sup>12</sup> Gaylord, 1998b: 238.

<sup>13</sup> Gaylord, 1998b: 238.

<sup>14</sup> Gaylord, 1998b: 238.

«un puro juego intelectual» y no como representante de la «historia seria de su día»<sup>15</sup>.

Sin embargo, contra todas las razones acumuladas por ella misma en esas pp. 238-239, Gaylord termina por afirmar lo contrario de lo que acaba de expresar: a saber, que el *Quijote* puede contener sugerencias y vislumbres de una visión de otros mundos y de lo americano en especial. De hecho, anota enseguida bastantes coincidencias, «asombrosas» según ella<sup>16</sup>, entre los temas de la historiografía americana y los de la obra maestra cervantina. En palabras de nuestra estudiosa:

- A) «la exploración y conquista de tierras desconocidas»;
- B) «el encuentro alienante y desorientador con los bárbaros y una naturaleza monstruosa»;
- C) «el acto de dar nombre a lugares y habitantes»;
- D) «las artes de navegación y cartografía»;
- E) «el conflicto entre lo escrito/leído y lo visto»;
- F) «la cordura o locura del héroe»;
- G) «la misión eurocristiana de la salvación de almas»;
- H) «el hambre de la fama»;
- I) «el “self-made man” del Renacimiento, constructor de la propia identidad» (*sic*);
- J) «los valores, ritos de iniciación y estilos del código caballeresco y del combate militar»;
- K) «el honor personal y nacional»;
- L) «la guerra justa y sus despojos»;
- M) la «ganancia de territorios, títulos y sú[b]ditos»;
- N) las «justificaciones de la esclavitud»;
- O) «el buen gobierno, en especial el de las “ínsulas” y de los “reinos y provincias nuevamente conquistados”»;
- P) «diplomacia epistolar y burocracia notarial»;
- Q) «la puesta en ejecución de la ley»;
- R) la «rebeldía “natural” de los nuevos vasallos»;

---

<sup>15</sup> Gaylord, 1998b: 239.

<sup>16</sup> Gaylord, 1998b: 240.

- RR) la «rivalidad entre la conquista (y vocación) militar y la religiosa»;
- S) «el poder de la palabra versus el poder de las armas»;
- T) «los choques y confusiones ocasionados por un multilingüismo y un multiculturalismo omnipresentes»;
- U) las «visiones de la Utopía y del paraíso terrenal» (Edad de Oro y Jauja);
- V) «la búsqueda de nuevos espacios de libertad individual»;
- W) «la escritura de la Historia, sus usos nacionales y personales, su fidedignidad»;
- X) «la rivalidad entre historiadores»;
- Y) «la posibilidad misma de decir verdad» (*sic*);
- Z) «la aparición misma en el campo de batalla de Santiago Matamoros [en II, 58]».

En primer lugar, he de confesar que la misma masa —ya que no el peso— de las 27 razones me ha impresionado. Yendo derecho al asunto, hallo que varias de estas recetas no tienen absolutamente nada que ver con el *Quijote*, en especial las encabezadas por las letras G, N, P, T. La que he identificado como T es un caso clamoroso porque ese factor no es en modo alguno *omnipresente* más que para nuestra investigadora, y confieso que no entiendo del todo ni la descripción ni la pertinencia de P. Tampoco resulta claro qué puedan ser los «estilos» del código caballeresco en J.

En otros casos, las razones aducidas responden a meros azares, chistes o datos pasajeros en la obra (Z); o se amalgaman entre sí en dobles o tripletes para que unas nociones atraigan a otras y nos parezcan engañosamente una misma cosa: así en K (el honor personal y nacional son dos cosas distintas), J y RR (el factor religioso está ausente en la novela por antonomasia). La W es demasiado amplia y su último elemento es coincidente con Y, cuyo significado es intencionadamente difuso.

La misma arbitrariedad de la lista, rigurosa sólo en apariencia, motiva la presencia de A, B y C —a las que debería seguir M, en buena lógica—, tres datos sesgados porque son en sí mismos tres interpretaciones de nuestra crítica y no tres datos objetivos. De hecho, sólo el lunático don Quijote sería capaz de interpretar así sus propias acciones, puesto que no está en territorio desconocido —él mismo o su escudero suelen saber dónde se encuentran geográficamente—, no se halla ante *bárbaros* ni ante una *naturaleza monstruosa*, y por tanto no suele bautizar lugares nuevos, sino, como mucho, personas u objetos de su entorno caballeresco próximo,

como el yelmo de mambrino, los ejércitos de ovejas o su propia persona. Parece más acertado pensar, tal y como ha hecho Juan Ignacio Ferreras, en esa novela y en su protagonista como dialécticamente escindidos entre un *intramundo* mental del caballero y un *extramundo* circundante y hostil a sus anacrónicos proyectos caballerescos<sup>17</sup>. Como reza I, don Quijote es un hombre hecho a sí mismo, pero de la Edad Media, no del Renacimiento, según cree Gaylord, para forzar el paralelo con las crónicas del XVI. Sus armas datan del siglo anterior y su código caballeresco de un tiempo inmemorial, puesto que se trata del tiempo de la literatura que lee, romances viejos y libros de caballerías.

Por lo demás, sorprende que Gaylord pretenda hacer pasar por coincidencias concretas lo que son grandes ideas de época, como H, I y en gran parte U, comunes a muchísimas creaciones literarias que poco o nada tienen que ver ni con las crónicas ni con el *Quijote* mismo. Creo que no hace falta insistir en que este argumento neutraliza casi toda la serie de factores apuntados por Gaylord.

Las claves aportadas que poseen un contenido historiográfico (W, X, Y) están aquí supeditadas al problema de cómo hay que interpretar las alusiones cervantinas a la *historia* y a la *verdad*, si en un sentido más literario o meramente histórico e historiográfico. Porque los libros de caballería se presentaban a menudo con un halo de prestigio pseudohistórico, y hacia esta idea podría seguramente apuntar Cervantes su crítica<sup>18</sup>. No olvidemos que su novela no es una crónica de exploración colonial sino una regocijante parodia de un libro de caballerías, y que se instala en un contexto literario, no referencial o historiográfico.

Finalmente, las restantes nociones podrían tener algún papel demostrativo si nuestra autora las concretase con ejemplos y lugares paralelos; de otro modo, no pasan de ser meras inferencias vacías, formas sin sustancia, algo bastante corriente en la

---

<sup>17</sup> Véase Ferreras, 1982.

<sup>18</sup> La perspectiva de los autores varía en sus respectivos preliminares a las obras caballerescas: por ejemplo, Garci Rodríguez de Montalvo presenta sus *Sergas de Esplandián* como un libro «fengido» (2003: 115), mientras que en el prólogo-dedicatoria del *Libro segundo de Palmerín* su autor observa que en esa obra se recuerdan «los hechos de sus mayores» al dedicatario (2004: 53) y Jerónimo Fernández, en su *Hystoria del magnánimo, valiente e invencible cauallero don Belianís de Grecia*, insiste en que tal historia la dejó escrita el sabio Fristón en griego (Fernández, 1997: vol. 1, p. ii). El caso del *Platir* es algo más complicado y sugestivo porque su compositor anónimo arguye que, aunque sus «cuentos [sean] tan grandes que causen admiración, no por eso han de ser tenidos por mentirosos», y que, comparados éstos con los acontecimientos reales «que el día de oy passan en el ejercicio de las armas entre españoles y otras cualesquier naciones, en la Italia y Indias, por mar y por tierra, no nos parecerán éstas [ficciones] duras de creer, mas antes se puede tachar el historiador de tener más necesidad de espuela en el narrar que de mucha rienda en el escribir»; y no deja de enlazar esas hazañas contemporáneas con las del destinatario de la dedicatoria-proemio (1997: 3-4). Los ejemplos parecidos podrían ser muchos más.



crítica al uso<sup>19</sup>. La aparición de casi todas ellas en esta lista no se debe nada más que a la retórica ilusoria, difusa, abarcadora y universalizante de Gaylord.

Otros dos rasgos llamativos de esta nueva escuela son el personalismo y el impresionismo críticos. En las páginas de nuestras pesquisidoras es harto frecuente encontrar juicios que se nos presentan como una suerte de sensacionismo, de ocurrencia o de pálpito, semejante al que Eugenio Asensio observó a menudo en Américo Castro, al que acusaba de encontrar casi siempre lo que deseaba ver en los textos y autores que manejaba.

En efecto, en esa misma ponencia de 1995 apela Gaylord a un punto de partida como el siguiente: se considera una estudiosa que trabaja en función de «su propio itinerario de lectora y profesora durante los últimos años». Puede, por consiguiente, emprender «una lectura “desde el lugar del otro”, en este caso una lectura realizada desde mi propia otredad radical de académica, norteamericana, angloparlante, protestante, mujer»<sup>20</sup>. Toda la mitad restante de la página está en primera persona narrativa, su persona, con su propia óptica individual. La ponencia adquiere un cariz de confidencia personal y en ella nos comunica Gaylord que, durante un seminario sobre la influencia de las crónicas americanas en la literatura áurea, advirtió los paralelos entre el *Quijote* y esas crónicas, tan notables en su opinión, que llegó al punto de quedarse «literalmente asombrada» y de casi confundirse alguna vez sobre «qué texto estaba leyendo» (*id.*). Llama la atención poderosamente que nuestra investigadora entienda que su condición, muy posmoderna y de moda, de norteamericana, angloparlante, protestante y mujer le haya granjeado condiciones idóneas y privilegiadas para intuir parecidos especiales entre géneros, épocas y autores muy alejados entre sí. Precisamente por eso afirma después, sin pruebas ni datos: «estoy convencida de que estos vínculos y relaciones sí existen»<sup>21</sup>. Y no nos extraña que también escriba que «pasar lista a estas coincidencias puramente temáticas es decir mucho y al mismo tiempo es decir poco. No es todavía, claro está, descubrir los precisos vínculos textuales, las relaciones directas de estilo o pensamiento que pudieran transformar nuestro concepto del sentido y de la forma de la *Historia del ingenioso hidalgo*» (*id.*)<sup>22</sup>. En cualquier caso, las pruebas que tanto invoca Gaylord nunca

---

<sup>19</sup> Véase Eagleton, 2006: cap. 14; Maestro, 2006: 12-13; y Sebrelli, 2007, especialmente caps. 6-9.

<sup>20</sup> Gaylord, 1998b, p. 239.

<sup>21</sup> Gaylord, 1998b, p. 240.

<sup>22</sup> Como puede observarse, parece citarse ahí el título del *Quijote* incorrectamente, a menos que se trate de un extraño juego de palabras.

comparecen en su texto, que no es precisamente pródigo en citas ni de Cervantes ni de las crónicas indianas.

En otro artículo de la misma Gaylord de 1998 (a) titulado «Pulling Strings With Master Peter's Puppets: Fiction and History in *Don Quixote*», hallamos abundantes muestras de este tipo de acercamiento impresionista: en la primera página, nos tropezamos ya con una voz muy característica usada para explicar su metodología de análisis o su visión de las obras estudiadas: *serendipity*, esto es, «el don de descubrir cosas sin proponérselo» (según el *Diccionario Oxford*). La *divinatio* resurge unos párrafos después, cuando esa cervantista nos relata —y perdónensenos la larga cita y las inevitables cursivas de énfasis— el momento exacto de la revelación crítica del asunto de su artículo:

My growing sense that such a line of inquiry would lead to interesting territory got an unexpected prod during the winter I spent drafting the first version of this essay. In the course of a week's interlude in the Caribbean, I found myself one evening listening to a Creole band, who were playing to as staid a family audience as ever challenged Chirinos and Chanfalla. Half an hour of catchy beat had listeners like me rocking in their seats, feet tapping, but not dancing. Yet the empty terrace beckoned. Finally one young mother bounced up, with a drowsy toddler hugged against her chest, and began to whirl around. Her move broke the ice: soon the floor was packed with bodies swaying to the beat. From amid the dancers, I happened to look for a moment in the direction of the musicians. Their faces were variously lined with bemusement and alienation, either in understandable response to the assignment of playing for an affluent, foreign resort crowd. I found myself unable to stop watching them watching us watching them..., but one glance had sufficed to give me the acute sense of having been lured into a dance by hypnotic rhythms, of having gotten into somebody else's act, and at the same time of not fully understanding what act I had gotten into, What was going on, on the surface and beneath it, was clearly something more than a tropical evening's entertainment. As an American taking my leisure in St. Martin, a French territory whose social and economic lines are still disturbingly colonial, I had, by so simple an act as stepping onto a dance floor, entered a far more complex world than I bargained for. As powerful as the music was, I knew that other strings were being pulled, and that far more was at stake than just keeping time.

The experience of that night in Marigot helped me to revisit Cervantes's *retablos* with *new eyes*. As I found myself playing not only the ironic observer, but the *hypnotized spectator* as well, I understood *in a different way* what it could mean to say that "Life" (read History) was at least as deeply implicated in the show as "Art" (read Music, Poetry, Fiction). I realized too that the strange sensation of being lured into the dance was very much akin to what I had recently experienced, as a critical reader, upon *reentering the magnetic field* of Maese Pedro's spectacle. *Drawn into that field* not only by the power of the text itself, but, second-hand, by the strong readings of my scholarly predecessors, I found myself faced with a scene which was thoroughly familiar, yet which seemed to *spill over the edges of the frames* I had been accustomed to bringing to it into *a newly visible strangeness*. That

reaction might be described as an experience of the "*critical uncanny*". It was, in any case, *one of those moments in which what we think we know about the sacred texts of our tradition is suddenly defamiliarized into mystery*. In and around the miniature space of Maese Pedro's puppet play, *I found myself hearing resonances from other historical and textual worlds*<sup>23</sup>.

Entiendo que este prolijo fragmento (teóricamente) crítico y en realidad cuasi-narrativo habla por sí mismo de esta nueva hermenéutica basada en la libre asociación, en las revelaciones, en la *extrañeza* y en unos *intersticios* dignos de un relato de Julio Cortázar, pues, como en ese escritor, descubrimos que el tránsito entre dos mundos aparentemente incomunicados es posible y hacedero. El investigador se deja llevar románticamente por las ondas del texto, se siente transportado, enajenado, fuera de sí. Aquí y allá Gaylord retorna a la senda crítica usual, con convencionales recuerdos bibliográficos de cervantistas como Ruth El Saffar, Maurice Molho o Bruce Wardropper<sup>24</sup>, para luego aludir, como hemos visto, a «the strong readings of my scholarly predecessors», pero esto no pasa de ser una mera añagaza en la que el lector no debe caer, porque aquí no se trata de repasar citas literarias o hipótesis críticas, sino de dejarse arrastrar por lo que Gaylord llama *the critical uncanny*, hasta ser capaces de intuir que «what we think we know about the sacred texts of our tradition is suddenly defamiliarized into mystery», según acabamos de leer. El crítico no lee ni coteja; experimenta sensaciones, se deja envolver, se eleva impulsado por fuerzas superiores hacia las esferas de la libre asociación de ideas. En cierto modo, es como si algo parecido al famoso *principio de extrañamiento* de Víktor Školovsky no operara sobre el lector normal de literatura, sino especialmente sobre el lector entrenado, incapaz de sustraerse a la fuerza del texto literario y privado así de su competencia y de su presumible objetividad.

Naturalmente, para experimentar con esta cervantista tales transportes críticos tenemos primeramente que someternos a su visión personalísima de las cosas e instalarnos más que orteguianamente en su misma circunstancia. De ahí el largo relato de una anécdota que, de otro modo y en otro contexto, nada tendría que hacer con el análisis de *El retablo de las maravillas* cervantino. Después, como los personajes de Rulfo, debemos ser arrastrados a esta danza y oír voces y tener visiones para poder asistir a la misteriosa revelación del poder demiúrgico del *critical uncanny*. Así, *other strings*, otras cuerdas serán pulsadas en nuestra imaginación por el *Gran Maestro*

---

<sup>23</sup> Gaylord, 1998a:120-121.

<sup>24</sup> Gaylord, 1998a: 117-118.

Cervantes (porque el otro eco evidente para mí aquí es la voz poderosa del fray Luis de León de la ascética «Oda a Salinas»). En consecuencia, la ciencia crítica deja de serlo para verse transformada en una *newly visible strangeness* o en *desfamiliarización* y *misterio* en palabras de la misma Gaylord, que traduzco.

La vivencia personal suplanta al ritual comienzo con repaso bibliográfico de todo buen artículo de investigación, con el obligado estado de la cuestión. En su lugar se nos ofrece aquí un microrrelato contado con solvencia y por extenso (el artículo tiene en total una treintena de páginas). Las sensaciones nos guían y se apoderan de nosotros, o eso se pretende al menos, de modo que, finalmente, ya bien zarandeados, no podamos sustraernos a las *resonancias de otros mundos históricos y textuales*.

La filología del dato ha sido sustituida por la de la intuición y el palpito. Quizás los filólogos puros hemos pecado tradicionalmente de poco imaginativos, pero ¿qué otra cosa cabe ante un texto histórico, tan ceñido como problemático en sí mismo? ¿Qué desahogo puede aguardarle a un crítico provisto solamente de aparatos de variantes, notas al pie, léxicos, cronologías y bibliografías contantes y sonantes? Pero ello no implica que los demás hayamos desoído la voz del texto, ni mucho menos las otras voces históricas que Gaylord invoca tan persuasivamente. A ello se dedicaron los eruditos románticos, los autores de la generación de 1898 y Américo Castro en su exilio norteamericano; y ha costado mucho esfuerzo corregir los excesos de todos ellos, porque todos han contravenido el sano principio que el propio Cervantes enunciara justamente en el mismo capítulo que Gaylord comenta: «seguid vuestra historia en línea recta, y no os metáis en las curvas o transversales; que para sacar una verdad en limpio menester son muchas pruebas y reprobaciones» (I, 23).

Podemos otorgar algún crédito a nuevas interpretaciones que se aparten de lo que Gaylord llama «habits of thinking» o «habits of mind»<sup>25</sup>, en alusión a la bibliografía cervantina convencional, de la que ella cita la porción más inventiva o renovadora: Ortega y Gasset, El Saffar, Michel Foucault y otros. Cabe atribuir a Gaylord, como a Castro, el mérito de obligarnos a repensar algunos lugares comunes historiográficos, pero también es razonable oponerse a sus métodos y contrastar sistemáticamente sus hipótesis y las del resto de los miembros de su escuela, según he venido haciendo durante los últimos años.

---

<sup>25</sup> Gaylord, 1998a: 126.

En lugar del acostumbrado preámbulo bibliográfico y de las habituales citas del texto que suelen seguir a ese preámbulo, Gaylord nos propone otro itinerario: si ha dedicado tres páginas a las ideas generales sobre el retablo de Maese Pedro y dos más a su personal y musical revelación del sentido oculto de ese episodio quijotesco, hacia la página 133 ya ha logrado envolvernos en la discusión de si Cervantes en ese pasaje está o no criticando los libros de caballerías o la historiografía del Viejo Mundo. Y justamente en ese momento, siguiendo su habitual sistema, Gaylord nos sorprende con una primera alusión pasajera a las crónicas de la conquista de América<sup>26</sup>, después de dieciséis páginas de sugestivas divagaciones, de flujos y reflujos de cervantismo más o menos al uso y también más o menos desmentido por ella. Mediado el artículo, siente que es hora ya de rematar su faena americanista o *americanizante*: menciona las «maravillas» de las que habla el narrador del *Quijote* en ese episodio, aunque curiosamente no sugiere que éstas puedan ser las de las Indias Occidentales (*id.*). La inferencia de Gaylord, de todos modos, es que lo son y en exclusiva, como si la maravilla no hubiera formado parte de la literatura medieval en general y tuviera que ser americana por fuerza. Digo esto porque don Quijote ve maravillas y prodigios que son tan medievales como literarios, y no extraídos ni de la realidad ultramarina ni de las crónicas y relaciones indianas.

Siguen varias apretadas páginas de comparaciones entre rasgos de la visión de lo histórico (o no) en el *Quijote* y características de las crónicas americanas que, evidentemente, también pueden serlo del resto de la historiografía contemporánea. Por contraste, la misma Gaylord, en la ponencia de Birmingham que tratábamos más arriba, negaba lo que ahora afirma y sostenía con buenos argumentos que en esa novela magna cervantina el tejido histórico es mucho menos decisivo que el ficticio<sup>27</sup>

Quizás por ello en el segundo trabajo que comentamos no hay paralelos concretos entre el *Quijote*, por un lado, y por otro, la Historia con mayúscula y las crónicas de Indias, sólo vagas semejanzas: si éstas últimas son un «many-layered palimpsest, on which one hand writes consciously over the still visible script of a predecessor»<sup>28</sup>, esa técnica puede emparejarse con el «layering of narrative upon narrative and the quasi-synchronic argumentative dialogue» del retablo del Maese<sup>29</sup>. El paralelo es ingenioso, pero no queda demostrado ni por el hecho de serlo ni por la mera comparación entre

---

<sup>26</sup> Gaylord, 1998a: 133.

<sup>27</sup> Gaylord, 1998b: 238-239.

<sup>28</sup> Gaylord, 1998a: 133.

<sup>29</sup> Gaylord, 1998a: 134-135.

ambos, según Gaylord parece pretender. Un acontecimiento como el *Sacco di Roma* generó el mismo tipo de historiografía contradictoria, de versiones superpuestas, y Gaylord no lo invoca en su aparatosa lista porque no está en su *agenda* política, para utilizar un feo préstamo del inglés. Y el hecho de que en el retablo de Maese Pedro salgan a relucir los moros y el romance pseudocarolingio de Gaiferos, Roldán y Melisendra no apunta precisamente a una lectura indiana del pasaje ni mucho menos. El remoquete de *historia verdadera* surge muchas veces en el *Quijote* y no por ello tiene que proceder de una subterránea relectura de las crónicas americanas ni de Bernal Díaz del Castillo, Ercilla o Lobo Lasso de la Vega por Cervantes, como Gaylord supone enseguida sin aportar prueba fehaciente alguna<sup>30</sup>. Una ocurrencia sugestiva no es, por sí misma, una verdad, ni siquiera una media verdad.

Pueden incluso ponerse en duda las que Gaylord llama «the *Retablo*'s connections with serious historiography»<sup>31</sup>. Veamos: para empezar, la biblioteca de don Quijote no contiene ni por asomo libros de historia *serios*, como los llama esa estudiosa. Y la excelente edición de Luis Andrés Murillo que Gaylord sigue no anota, en las páginas en cuestión, junto a las referencias homéricas, romancescas, pulcianas, ariostescas o quevedianas, ni un solo título de una obra histórica de aquellos años, ni americana ni peninsular. Sí lo hace la más moderna edición de Rico *et alii*, que menciona el dato de que la frase cervantina «de la prolijidad se suele engendrar el fastidio» (II, 26) puede encontrarse en Bernal Díaz o en Ercilla (ver not1 849.18). Gaylord puede muy bien haber extraído esa referencia del comentario de la magna edición de Rico, pero la idea suena a tópico historiográfico mucho más extendido y, además, aunque procediera de Díaz o Ercilla, no pasa de ser lo que es, es decir, no implica un especial interés cervantino ni por las materias americanas ni por su cronificación contemporánea<sup>32</sup>.

Nuestra autora anuncia un futuro estudio suyo acerca del *hacer* y el *decir* en el *Quijote*<sup>33</sup>, pero tampoco aporta, por el momento, pruebas concretas de que esas nociones cervantinas tengan que proceder de las crónicas indianas y no del hiperactivo e ingenuo mundo caballeresco, tan querido para el caballero orate. Algo parecido sucede con el tono profético en la historiografía americana y en el *Ingenioso hidalgo*,

---

<sup>30</sup> Gaylord, 1998a: 135-136.

<sup>31</sup> Gaylord, 1998a: 136.

<sup>32</sup> Daniel Eisenberg se muestra cauteloso al rastrear las lecturas de las crónicas de Indias por Cervantes (Eisenberg, 2002: 49): incluye a Ercilla entre los posibles libros cervantinos (p. 76), pero no hace lo propio con Díaz del Castillo.

<sup>33</sup> Gaylord, 1998a: 137, n. 21.

otro vago parentesco que Gaylord sugiere<sup>34</sup>. Más abajo se afirma que el *Requerimiento* indiano puede estar detrás del debate sobre la guerra justa, que ella intuye en el capítulo 27 de la segunda parte<sup>35</sup>. Sin embargo, el relato quijotesco no trata en realidad sobre «the question of whether individuals or groups of individuals have the power to “affront” the honor of another social Group, a subject which invokes not only historiography of Spanish national honor but diplomatic protocols like the infamous 1513 *Requerimiento*, which make dealing with native resistance into something akin to an honor drama»<sup>36</sup>. Antes bien, el asunto de esa aventura del rebuzno es el curioso problema, sintéticamente expuesto por don Quijote, de que «ningún particular puede afrentar a un pueblo entero, si no es retándole de traidor por junto» (II, 27). La fuente del burlesco episodio no es el texto americano, que no aparece por ningún sitio, sino – como en el caso anterior– la leyenda romanceada de Diego Ordóñez de Lara y Vellido Dolfos que el mismo Cervantes cita expresamente (II, 27) y que los editores aducen en nota (notas 859.22 y 859.23). Que Sancho reciba primero un «varapalo» (II, 27), que Gaylord omite, y luego una rociada de piedras en respuesta a su rebuzno no requiere para explicarse semejanza alguna con las crónicas<sup>37</sup>, puesto que no sólo constatamos que en el *Quijote* abundan tales ofrendas pedestres, sino que además las piedras eran armas propias de villanos y no exclusivas de los amerindios.

La falta de verdaderos materiales americanos en el texto cervantino se solventa con la generalización gratuita de que todo el largo segmento examinado (capítulos 26, 27 y 28 de la segunda parte) «has been hovering over [...] the thematics of war and its commercial motives (another frequent chronicle subject)»<sup>38</sup>. La generalización es inaceptable, porque va un buen trecho de que tal asunto *se cierna* sobre esos capítulos, algo que tampoco es verdad estrictamente hablando (ni la guerra moruna de Gaiferos y Roldán del retablo ni la de los rebuznos son guerras comercialmente motivadas), a que justamente el tratamiento de ese tema implique un *subtexto americano* simplemente inexistente ahí. De todos los supuestos indicios anotados por Gaylord en ese párrafo solamente podría ser evocadora de las Indias Occidentales la frase sanchesca del *descubrir tierra* de sus malas expectativas laborales con su amo don Quijote, que aparece en el siguiente contexto:

---

<sup>34</sup> Gaylord, 1998a: 137, n. 21.

<sup>35</sup> Gaylord, 1998a: 140-141.

<sup>36</sup> Gaylord, 1998a: 140-141.

<sup>37</sup> Gaylord, 1998a: 141.

<sup>38</sup> Gaylord, 1998a: 141.

-¡Por Dios –dijo Sancho–, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos! ¡Cuerpo de mí! ¿Tan encubierta estaba la causa mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos aún pudiera ser que se anduviera adivinando el porqué me dolían; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fe, señor nuestro amo, el mal ajeno de pelo cuelga, y cada día voy *descubriendo tierra* de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuestra merced tengo; porque si esta vez me ha dejado apalea, otra y otras ciento volveremos a los manteamientos de marras y a otras muchacherías, que si ahora me han salido a las espaldas, después me saldrán a los ojos. Harto mejor haría yo, sino que soy un *bárbaro*, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida, harto mejor haría yo, vuelvo a decir, en volverme a mi casa y a mi mujer y a mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fue servido de darme, y no andarme tras vuesa merced por caminos sin camino y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. (II, 28)

Como puede observarse, el pasaje, citado más por extenso, salvo el modismo anotado, nada dice de colonia alguna ni de América, aunque curiosamente a Gaylord se le escapa otro posible y sutil indicio en ese *bárbaro* que dice ser el escudero y que, de haber reparado en él nuestra estudiosa, hubiera servido para armar otra celada *americana* en la que cayeran Sancho, Cervantes y los mismos lectores ingenuos de Gaylord, todos ellos inadvertidamente.

Lo del *descubrir tierra* —y nuestra hermeneuta no lo señala, aunque Murillo sí lo hizo en la edición que ella maneja<sup>39</sup>— es frase proverbial recogida por Covarrubias en 1611 y, como apuntan los editores del equipo de Rico, es «imagen que procede del lenguaje militar, para designar a los que van en avanzadilla de un ejército» (II, 28), y no necesariamente, como ella supone, una alusión encubierta a las Indias Occidentales que, supuestamente, teñiría de americanismo en cifra y al por mayor, varios capítulos de la inmortal novela. Tampoco se ha esforzado mucho nuestra cervantista en cotejar otras obras del Manco, puesto que no ha tropezado con otro pasaje del *Persiles* donde, de nuevo, un personaje, Antonio el mozo, dice querer ir a descubrir la tierra de la isla nevada para ver si hay gente o caza en ella (I, 19), en un capítulo con más resonancias geográficas y coloniales de las que posiblemente podrían rastrearse en los dos *Quijotes*, pero inserto en una obra *bizantina* en la que acaso tampoco se aluda a las Indias Occidentales tanto como han argumentado Gaylord y su compañera de escuela crítica a lo largo de los últimos años<sup>40</sup>.

<sup>39</sup> Murillo, 1978: 257, n. 5.

<sup>40</sup> Sobre este punto, conjeturo que Gaylord puede haber cedido a su colega Wilson la parcela correspondiente al estudio de la *Historia septentrional*, parte esencial del libro de esta de 2003.



Si la primera hubiese consultado el *Diccionario de autoridades*, habría descubierto que en él este asunto se complica un poco más porque su definición de *descubrir tierra* sí alude a tierras desconocidas: «Hacer entrada por algún país oculto e ignorado, que hasta entonces no se había manifestado ni se conocía». Sin embargo, Cervantes emplea en el *Quijote* II, 28 la expresión en sentido figurado, traslaticio, al aludir Sancho a «descubrir una verdad», una noción concreta y ajena a cualquier territorio geográfico, justamente eso que el mismo *Autoridades* define así: «Metafóricamente se usa por sondear, saber el ánimo de una persona, sobre asunto determinado; y asimismo por averiguar el estado de alguna dependencia, y los medios de que se puede valer para lograr la idea que se solicita». No habla Panza, por tanto, de geografía ni de cosmografía, sino de una cuestión laboral y de convivencia con su amo, el loco don Quijote, que acaba de abandonarlo a su suerte ante los villanos y que no termina de pagarle debidamente ni de premiarlo como había prometido. Ambos vagan, en consecuencia, por «camino sin camino», campo a traviesa, sin rumbo y sin objeto, que es lo que verdaderamente molesta a Sancho. Por tanto, el país ignoto no es tal: el labrador no alude a América, ni concreta ni figuradamente, y es aventurado concluir, como hace Gaylord, que «The phrase Sancho uses to vent his disappointment rings in parodic inversion of the American expeditions' original equation of landings and gain»<sup>41</sup>. Como mucho, el escudero podría estar evocando en segunda instancia el sentido propio de la expresión *descubrir tierra de algo o sobre algo*, pero siempre que aceptemos que en primer término la usa con valor metafórico. Y el contexto que rodea la frase no invita demasiado a especular sobre su valor geográfico, pues, si bien alude a la errancia de ambos por la Mancha y Aragón (por «camino sin camino», por «sendas y carreras»), no lo hace menos claramente a los inconvenientes concretos que el quejoso aldeano va descubriendo en el desempeño de su oficio escuderial: recibir golpes, malcomer, maldormir, estar lejos de su familia, etc. Y de ahí a las Indias Occidentales que Gaylord imagina hay una respetable distancia. Finalmente, no podemos asociar este episodio con los otros pasajes previamente estudiados por ella, puesto que están también bastante alejados y no cabe pensar que Cervantes pudiera haber ocultado en el lamento de Sancho la clave secreta de los episodios precedentes. Sin embargo, ello no le impide a Gaylord amalgamar y confundir en su misma página 141 varias alusiones supuestamente americanas del segundo *Quijote* como si éstas fueran contiguas y

---

<sup>41</sup> Gaylord, 1998a: 141.

seguidas en el texto. Pero una cosa es descifrar un mensaje unitario y otra muy distinta imaginar que en varias partes de una obra tan extensa se habla en cifra de un mismo asunto.

Las conclusiones de Gaylord son las que cabría esperar, aunque sí podemos suscribir a medias su afirmación de que la magna novela pueda encubrir algunas reflexiones —menos de las que ella arguye— acerca de la historiografía en general<sup>42</sup>. Sin embargo, dudo seriamente que Cervantes se propusiera tratar tal asunto en pie de igualdad con el problema de los libros de caballería y la cuestión de la narración novelesca. Acaso parte de sus presuntas meditaciones *meta-históricas* atañen más a la ficción, a la pura invención, que a la historia, y quizás por ello la crítica ha tendido abrumadoramente a leerlas en esa clave literaria. Tampoco parece lógico sostener, como hace Gaylord en sus conclusiones, que todo lo ya argumentado («on the strength of the foregoing...») justifica y demuestra que la *agenda* de don Quijote sea «a noble, comic, grotesque model for imperial Spain's no less contradictory strivings to get its story out, and to keep Spanish words and deeds together, both in sense of accurate reckoning of Spain's credit, and in sense of delivering on the promise of its triumphal script»<sup>43</sup>. Si bien eso podría aceptarse como una clave muy lateral para entender una parte de la obra, resulta mucho más difícil deducir esa idea de todos los ejemplos propuestos y, además, dar a esa noción un marcado tinte americano, como Gaylord pretende en varios momentos. Por lo demás, en su artículo no brillan precisamente otros pasajes quijotescos donde surge América: por ejemplo, seguramente con una valencia irónica, el del «marqués, de algún valle» en I, 7, o el del «cortesísimo Cortés», en II, 8, ambos efectivamente sobre el conquistador de México.

En fin, no es tan probable que en el episodio de Maese Pedro Cervantes encubra, según afirma nuestra estudiosa, su «irreverent treatment of the projects of serious national history»<sup>44</sup>; en esa interpretación queda casi sin efecto el peso evidente de la crítica teatral cervantina, esencial en ese pasaje y declarada en la p. 850. Los cordeles del avispado titiritero no son tan largos como ella quiere: quizás el pasaje del retablo — que tampoco tiene por qué ser exactamente una miniatura del problema de la historia y la verdad en toda la novela, según pretende Gaylord<sup>45</sup>— haya que ponerlo más bien en relación con la dialéctica entre los romances viejos y la locura de don Quijote que

---

<sup>42</sup> Gaylord, 1998a: 142.

<sup>43</sup> Gaylord, 1998a: 142.

<sup>44</sup> Gaylord, 1998a: 142-143.

<sup>45</sup> Gaylord, 1998a: 142.

impulsó la redacción de la novela antes de 1605 y que todavía es reconocible en la primera salida del caballero. Y precisamente porque los referentes literarios esenciales de la novela son más bien arcaicos y retrospectivos —romances y libros de caballerías— la lectura occidentalista contemporánea resulta todavía menos creíble. Pese a ello, Gaylord nos la cuela de rondón en un paréntesis del último párrafo de las conclusiones: «I believe that American conquest history has a privileged place in Cervantes' thinking»<sup>46</sup>; pero dista mucho de quedar demostrada por las argumentaciones manejadas por ella.

Estamos, en fin, a un paso de eso que Juan José Sebreli ha llamado el «nihilismo epistemológico», originado en la suspensión de las fronteras entre las ciencias, los mitos y las artes<sup>47</sup>. Al suprimirse la objetividad del análisis, entramos en el territorio del relativismo y el irracionalismo, el pensamiento se convierte —tal y como sucede en el *satori* caribeño analizado en estas páginas— bien en «pura expresión de deseos, sentimientos, pasiones e instintos», bien en «prejuicios, convenciones o intereses meramente sociales, nacionales, raciales o étnicos», en palabras del mismo Sebreli<sup>48</sup>. En el fondo, es triste comprobar que hemos arribado a un neo-romanticismo o a un idealismo de signo antimoderno, bien descrito últimamente por Jesús G. Maestro<sup>49</sup>. El daño que se inflige ahora a la lectura histórica de los textos no es pequeño, puesto que se sustituye el conocimiento objetivo de las obras literarias del pasado por una indagación voluntariosa y bienintencionada ideológicamente, pero emotiva, prejuiciosa, alegórica, mítica, y hasta *zen*, según se ha visto.

Repasemos, por vía de conclusión, el *caveat* general de Terry Eagleton:

Una ambivalencia semejante se cierne sobre la cuestión de la historicidad. ¿Es acaso el célebre eclecticismo histórico del posmodernismo, ya sea izquierdista o reaccionario, una nueva puesta en marcha, juguetona y productiva, de la tradición autoritaria o más bien una frívola deshistorización que congela la propia historia para convertirla en una serie de artículos reciclables y reducidos a banalidades? Es prácticamente imposible contestar a esta pregunta sin evaluar antes el significado de la historia en el seno de la última sociedad burguesa: por un lado, tenemos que la sociedad venera la historia como autoridad, continuidad y herencia; por otra parte, no pretende dedicarle ni un segundo. La Historia,

---

<sup>46</sup> Gaylord, 1998a: 142.

<sup>47</sup> Sebreli, 2007: 367.

<sup>48</sup> En Sebreli, 2007: 356. Eagleton habla también de «una nueva clase de trascendentalismo, en el que los deseos, las creencias y los intereses», de la posmodernidad y del post-estructuralismo «ocupan ahora aquellos lugares *a priori* que estaban tradicionalmente reservados para el Espíritu del Mundo o el yo absoluto» (Eagleton, 2006: 464).

<sup>49</sup> Véase el «Apéndice» de Maestro, 2009.

como señaló el señor [Henry] Ford, es una chorrada: una afirmación con la que un marxista no estaría necesariamente en desacuerdo<sup>50</sup>.

La novedad más sensacional de los estudios posmodernos es probablemente esa doble negación de la razón objetiva y de la Historia. Si los presuntos motivos para hacer de Cervantes un americanista no son más que un castillo de naipes y la Historia es una *chorrada* fordiana que puede banalizarse y reciclarse a voluntad en función de intereses espurios, entonces sí, el Manco de Alcalá es un revolucionario de izquierdas y un promotor a ultranza de lo americano, además de un feminista, un libertario y un anti-imperialista *fanoniano*, entre otras cosas. Es así como una crítica desnortada e inclinada al *conocimiento líquido* se presta al economicismo y el pragmatismo de las universidades norteamericanas, que ahora se pretende, y a menudo se logra, extender a las instituciones académicas europeas y españolas<sup>51</sup>.

#### OBRAS CITADAS

- ASENSIO, Eugenio, *La España imaginada de Américo Castro*, Barcelona, El Albir, 1976.
- BETANCUR, Belisario, «Cervantes y Don Quijote en las Indias», *Revista de estudios cervantinos*, 8, 2008, pp. 1-18. [Disponible en: [www.estudioscervantinos.org](http://www.estudioscervantinos.org) (Consulta: 02.02.2012); también publicado en *Guanajuato*, 10, 1999: 10-28].
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, ed. dir. F. Rico, Barcelona, Crítica, 1998.
- EAGLETON, Terry, *La estética como ideología*, Madrid, Trotta, 2006.
- EISENBERG, Daniel, *La biblioteca de Cervantes: una reconstrucción*. [Versión preliminar de 2002 disponible en <http://users.ipfw.edu/JEHLE/deisenbe/#Cervantes>]. (Consultado: 6-12-13.)
- FERNÁNDEZ, Jerónimo, *Hystoria del magnánimo, valiente e invencible cauallero don Belianís de Grecia*, ed. L. E. F. de Orduna, Kassel, Reichenberger, 1997.
- FERRERAS, José I., *La estructura paródica del Quijote*, Madrid, Taurus, 1982.

---

<sup>50</sup> Eagleton, 2006: 459.

<sup>51</sup> Respectivamente, para el citado *conocimiento líquido*, véase el artículo demoledor de José Luis Pardo y, para la reconversión empresarial de la universidad española, el capítulo 12, titulado expresivamente «“¡Que inventen ellos!” o como ganar la liga de Shangái», del libro colectivo *Nada es gratis*, firmado con el pseudónimo de Jorge Juan.

- , *Por (contra) la (pos)modernidad*, Madrid, Endymión, 1999.
- GAYLORD, Mary M., «El lenguaje de la conquista y la conquista del lenguaje en las poéticas del Siglo de Oro», *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (18-23 agosto 1986, Berlín)*, Frankfurt, Vervuert, 1989: 469-475.
- , «Pulling Strings With Master Peter's Puppets: Fiction and History in *Don Quixote*», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 18.2, 1998a: 117-147.
- , «El Siglo de Oro y las Españas: propuesta de una nueva lectura americana del *Quijote*», *Estudios áureos, I. Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Birmingham, 21-26 de agosto de 1995)*, coord. Jules Whicker, Birmingham, Dolphin Books, 1998b, vol. 2: 237-242.
- JORGE JUAN (pseudónimo), *Nada es gratis. Cómo evitar la década perdida tras la década prodigiosa*, Barcelona, Destino, 2011.
- Libro segundo de Palmerín*, ed. Lilia E. F. de Orduna, Kassel, Reichenberger, 2004.
- MAESTRO, Jesús G., *La Academia contra Babel. Postulados fundamentales del materialismo filosófico como teoría literaria contemporánea*, Vilagarcía de Arousa, Mirabel, 2006.
- , *Crítica de los géneros literarios en el «Quijote». Idea y concepto de género en la investigación literaria*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2009.
- MARICHAL, Juan, «The New World from Within: The Inca Garcilaso», en *First Images of America. The Impact of the New World on the Old*, ed. Fredi Chiappelli *et al.*, Berkeley, The University of California Press, 1976, vol. 1: 57-61.
- MURILLO, Luis Andrés (ed.), Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, Castalia, 1978.
- PARDO, José Luis, «El conocimiento líquido. En torno a la reforma de las universidades públicas», *Claves de razón práctica*, 186, octubre de 2008: 4-11 [consultado en <http://firgoa.usc.es/drupal/node/41470> (Consulta: 01 de marzo de 2012).]
- Platir*, ed. María del Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1997.
- RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garci, *Sergas de Esplandián*, ed. Carlos Sáinz de la Maza, Madrid, Castalia, 2003.
- SEBRELI, José J., *El olvido de la razón*, Barcelona, Debate, 2007.
- WILSON, Diana de Armas, *Cervantes, the Novel, and the New World*, Oxford, Oxford University Press, 2003. [Original de 2000].